
HISTORIA

Jerónimo LEAL, *Los primeros cristianos en Roma*, Madrid: Rialp, 2018, 102 pp., 12,5 x 19, ISBN 978-84-321-4924-5.

El libro trata –somera y apretadamente– aspectos del quehacer cotidiano de los primeros cristianos, fijándose en las costumbres antes que en los sucesos «grandiosos». Destaca el vivir corriente de unas personas que, cristianas, habitaban con los demás ciudadanos: cómo influyeron en su ámbito social e histórico. De entrada, aclara que su centro vital no eran las catacumbas (lugares harto insalubres) sino la propia comunidad, desarrollando cualquier actividad compatible con su fe.

Los dos primeros capítulos abordan el tema de a quiénes llamaríamos «primeros cristianos»: los seguidores de Jesucristo contemporáneos de los Apóstoles (san Agustín); quién habría sido el primero en llegar a Roma, donde se extendió el cristianismo rápidamente. El último, plantea el gran peligro que afrontaron los «últimos primeros cristianos»: la *gnosis*: «(l)o que las persecuciones no pudieron, luchando contra la integridad física, lo logrará la gnosis atentando contra la integridad intelectual, sembrando la disociación entre fe y actuación, entre alma y cuerpo, entre santidad y mundo» (p. 98); si la persecución los fortaleció, la «cálida caricia de un conocimiento superior, pero falso o, mejor dicho, una mezcla de verdad con elementos míticos paganos, que apartaba de la auténtica fuerza de la fe primitiva» (p. 98) los hizo buscar otros medios de vida.

El resto de la obra aporta ligeras pinceladas sobre aspectos varios ordinarios-corrientes de estos ciudadanos cuya única particularidad era ser «cristianos»:

– Su jornada diaria. El sacrificio eucarístico el domingo antes de que saliera el sol (se ignora si se celebraba cada día). Trabajando mientras había luz solar (en todo lo que no estuviera relacionado con la idolatría). Las mujeres en casa, aunque también iban a las termas o a casa de amigas; los hombres pasaban poco tiempo en casa. El régimen de ingestas. Por la tarde, si había tiempo, la lectura: los libros estaban escritos para ser leídos en voz alta. Se acota que la esclavitud no debe entenderse como el peor de los males; señores y esclavos convivían sin separación y sin confusión. Hacían proselitismo sirviéndose de su profesión.

– La importancia de la asistencia social y de la hospitalidad, pues la caridad lo regía todo, tanto, que llamaba la atención de los paganos. Generosidad en las recaudaciones.

– Tampoco en el descanso se distinguían de sus conciudadanos, excepto en evitar todo género de espectáculo con connotaciones idolátricas: los lugares por sí mismos no contaminaban, sino lo que allí se hacía. El cristianismo introdujo el *ritmo semanal*.

– Se indica que la Iglesia no relegaba a la mujer cristiana ni la circunscribía a los tra-

bajos domésticos. En las actas de los mártires sobresalen las mujeres como «signo de integridad y entereza ante la prueba».

– Para desarrollar el culto, supieron adaptar la basílica, que era el edificio con menos alusiones idolátricas y cuya amplitud resultaba favorable. La evolución de edificaciones destinadas al culto cristiano se hizo sin fracturas bruscas, protegiendo la fe incipiente de los primeros fieles. Las reuniones del domingo (fracción del pan), eran de madrugada porque, después, había que marchar a trabajar; se tenían en las *domus ecclesiae*: habitación (casa de una familia) al servicio de la comunidad. La casa era como una «célula básica», que surgió naturalmente: unos conocían a otros, quienes a su vez llevaban a otros...; aquí se celebraban los diversos actos de culto (oración comunitaria, ágape, administración de sacramentos) y se alojaba a los peregrinos, tareas en las que las mujeres eran imprescindibles. La sencillez de los actos de culto atraería a muchos.

– El ejemplo de una vida imitable, sin nada extraordinario, sino el comportamiento moral y la atención al prójimo, era básico para su proselitismo; su principal arma: la conversación, aprovechando la ocasión, en medio de lo más corriente de la vida ordinaria. La actividad misionera

surgió como iniciativa privada, rara vez procedió de la jerarquía. Lo más duro fue conseguir que los paganos aceptaran la resurrección. Era novedoso destacar que Cristo es la Verdad, que comporta una liberación de la fatalidad y el pecado; y que la santidad es algo interior, no de rituales.

– En cuanto a la catequesis: las primeras enseñanzas se daban en las mismas escuelas en que estaban con los otros niños; después había una como escuela complementaria o catequesis, cargada de contenidos cristianos a través de *símbolos*: el pez (el cristiano), el ancla (la cruz), la barca (la Iglesia), el *ogdoade*, que era un modo de contar con los dedos de la mano derecha (= el «8»): el día octavo: resurrección, vida eterna. Había una catequesis diferente para adultos.

– Se sirvieron de los *collegia* o agrupaciones para llevar una vida marcada por la fraternidad. Se desarrolló la correspondencia epistolar; se llamaban entre sí *hermanos*; como saludo: «paz a vosotros». Al principio había dependencia muy personal de alguno de los Apóstoles, pero poco a poco se impuso lo territorial: comunidad – ciudad – metrópoli – Roma, que era cabeza del Imperio y de la Iglesia.

José Ignacio ZULOAGA

Juan Antonio GIL-TAMAYO y José Manuel FIDALGO, *Patrología*, Pamplona: Eunsa («Manuales ISCR», 24), Pamplona, 2019, 240 pp., 17 x 24, ISBN 978-84-313-3353-9.

La colección de manuales del Instituto Superior de Ciencias Religiosas de la Universidad de Navarra se engrosa con este texto dedicado a cubrir la asignatura sobre la vida y la obra de los Padres de la Iglesia. Su autor principal, Juan Antonio Gil-Tamayo, profesor del Departamento de

Teología Histórica de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, falleció el pasado 9 de marzo, estando el libro apenas impreso. José Manuel Fidalgo, además de co-autor de este manual, es codirector de la colección. Gil-Tamayo era especialista en patrología latina. Entre sus